

Redescubrir a San Alfonso en el misterio de la encarnación



José Miguel de Haro Sánchez, C.Ss.R.

Celebramos este año las fiestas cristianas de Navidad en un clima de pandemia, de clara presencia del sufrimiento físico y psíquico, espiritual y afectivo. También económico y laboral. Todos somos invitados a descubrir el sentido más genuino de estos días en los que el misterio cristiano de la Encarnación se abre y traduce en lo cotidiano, en lo más humano: nuestra vivencia de la fragilidad, en la que hay una entrega que abre las puertas de la vida.



150 años de la declaración de San Alfonso como Doctor de la Iglesia

El próximo 2021 será para los Redentoristas un tiempo “alfonsiano”, se cumplen los 150 años de aquel 1871 en el que el Papa proclamó a San Alfonso María de Liguori, Doctor de la Iglesia Universal. Estaría bien aproximarnos más él para re-

descubrirlo, quizás superando su ropaje narrativo, y buscar lo mejor que ha querido transmitimos. Estos días publica la Editorial Narcea una aproximación a San Alfonso como el hombre que “Respira la bondad de Dios”. Tenemos todo un año para conocerlo más. Entremos con ese deseo en el 2021 que ya desde ahora podemos pedir sea un tiempo de gracia.

Apertura al misterio

En el corazón de “la noche buena” nos atrevemos a acoger la apertura del misterio de Dios en su Encarnación. Hoy entramos en esa intimidad guiados por este hombre santo, Alfonso María de Liguori, que como napolitano amaba la representación de los belenes para hablar a la sensibilidad del pueblo campesino, escribió con una fuerte carga espiritual para ayudar a profundizar en los días previos a Navidad, días en que la Encarnación de Dios en Cristo es el motivo de nuestra esperanza. Sí, el Sol sale a media noche. “La Encarnación, cristianamente hablando, es un escándalo...no revela a Dios como la posibilidad del hombre, sino al hombre como la posibilidad de Dios”. Alfonso tiene su manera de contemplar la novedad de estos días.

Para prepararse a vivir la expresión del misterio de la Encarnación, ya en su madurez, Alfonso escribió dos series de meditaciones para el Adviento y dos novenas de Navidad, publicadas en 1.758. Las meditaciones de Adviento venían a ser una preparación para la novena de Navidad. Compuso igualmente villancicos que aún hoy se cantan en toda Italia, como la plegaria más popular y piadosa del afecto al Niño de Belén.

Un Dios que nos ama

En las ocho primeras meditaciones de Adviento nos recuerda el “amor que Dios nos manifestó en la Encarnación del Verbo”, la “bondad de Dios Padre y de Dios Hijo en la obra de la Redención”, a la vez que nos muestra los “motivos de confianza en la Encarnación del Verbo” y la “felicidad de haber nacido después de la Redención y en la Iglesia”. Será un tema constante en san Alfonso recordarnos que “Jesús hizo cuanto pudo y todo lo sufrió por nosotros”, y cómo “la consideración de nuestros pecados afligió a Jesús desde el seno de su Madre”; pero también el “Deseo que tuvo Jesús de padecer por nosotros”, culminando esta primera serie presentándonos “Tres fuentes de gracias que tenemos en Jesucristo”.

En la segunda serie, más amplia, nos invita a contemplar la “bondad de Dios en la obra de la Redención”, para lo que Dios no envió a un ángel ni a un serafín, sino que para manifestar al mundo el inmenso amor que tenía envió a su Hijo en semejanza de carne de pecado (Rom 8,3). Dedicó la meditación segunda a la “Grandeza del misterio de la Encarnación”. Nos invita a que pidamos al Señor nos ilumine y dé a comprender este exceso y prodigio de amor por el que el Verbo eterno, Hijo



de Dios, se hizo hombre por nuestro amor”. ¡Amor divino que no podrá jamás comprenderse! ¡Misericordia, que no puede nacer más que de una bondad infinita! Constatado que “vos me amáis y yo os amo, pero os amo poco: dadme más amor”. Alfonso es el hombre que pide amar más.

La tercera meditación se centra en el “Amor de Dios a los Hombres”, para recordarnos que todos podemos decir: “Me amó mi Redentor y por el amor que me tuvo se entregó todo a mí”. Y en la cuarta nos recordará que “el Verbo se hizo carne en la plenitud de los tiempos”. Y aclara: “Dícese plenitud por la plenitud de la gracia que el Hijo de Dios vino a comunicar a los hombres mediante la redención”.

En la quinta presenta la “Humillación de Jesús” que desciende, baja a la tierra, viene de donde era igual al Padre. “Pero en el seno de María es criatura, pequeñito, débil, afligido, siervo y menor que el Padre: Tomando forma de esclavo” (Filipenses 2,7). Está convencido de que cristianamente lo que decimos de nuestra relación con Dios se decide por entero en nuestra relación con el Crucificado.

La Encarnación revela al hombre como la posibilidad de Dios



el que era el Señor de todos, sino que se revistió de esclavo delincuente para ser castigado el que era el Santo de los santos". Así, "al inocente, purísimo, santo, helo desde niño cargado con todas las blasfemias, iniquidades de todos los sacrilegios y de todos los delitos de los hombres, hecho por nuestro amor objeto de todas las maldiciones divinas a causa de los pecados por los que se había obligado a pagar ... y así se presentó al Padre". Alfonso le pedirá al Señor: "haceos amar de mí y de todos, que bien lo merecís".

La octava meditación tiene un enunciado discutible para la teología de nuestro tiempo. Sorprende que tratándose de un tema de Adviento lo llame "Dios envía a su Hijo a la muerte para darnos la vida". Pero la verdad que Alfonso quiere afirmar es que el "Hijo de Dios, movido por las entrañas de su misericordia, vino del cielo y nos dio la vida". La dimensión sacrificial siempre está presente en su reflexión, aunque superada por la presencia del amor de Dios y a Dios. Alfonso piensa que "Dios envió a la tierra a su Hijo unigénito a que muriese, para que con su muerte nos recobrase la vida". Eso motiva que se pregunte: "¿Jesús mío, si no hubieseis aceptado y sufrido la muerte por mí, habría yo quedado muerto en mi pecado, sin esperanza de salvación ni de poder amaros ya más?" La pregunta sigue abierta para cada uno de nosotros. Pero la revelación ya nos ha dado la respuesta con la apertura de la Encarnación.

Un amor excesivo

El día noveno llama a su meditación "Amor que el Hijo de Dios nos testimonió en la Redención". Para afirmar que "sólo un Dios era capaz de amaros tan excesivamente, cuando por ser miserables pecadores éramos tan indignos de ser amados". Además, lo abre al tiempo de Adviento preguntándose: "¿quién jamás se habría atrevido a pedirle que se hiciera niño como nosotros, que se revistiese de todas nuestras miserias y que fuera, además, el más pobre de todos los hombres, el más vilipendiado y el más maltratado, hasta morir a manos de verdugos a fuerza de tormentos sobre un patíbulo infame, maldito y abandonado de todos, aun de su mismo Padre, que desamparó al Hijo para no abandonarnos a nuestra perdición?"

Damos profundidad al misterio de la Encarnación abierto en Navidad comprendiendo que "desde niño, se sacrificó por nosotros a las penalidades, a los oprobios y a la muerte". El amor de Jesús es desde el principio un amor total e incondicional, que no elude el sufrimiento. Así nos invita a reconocer "soy un pobre pecador". "¿Qué habré de

Sigue avanzando en la sexta meditación de Adviento para decirnos que "Jesús ilumina al mundo y glorifica a Dios", porque nos dio "a conocer la luz del verdadero Dios, y lo libró del pecado con la luz de su doctrina y sus divinos ejemplos. Este "niño nuevo", desde el primer momento de su existencia rindió a Dios más gloria y honor que la que le rindieron o rendirán todos los ángeles y santos juntos por toda la eternidad".

Cuando acogemos el amor...

A través de todas las meditaciones aparece la realidad del pecado en el ser humano. Para Alfonso consiste en no responder o no acoger el amor que Él nos entrega. Llama a la meditación séptima "El Hijo de Dios carga con todas nuestras iniquidades", afirmando que "no sólo quiso adoptar la condición de esclavo para sujetarse a los demás

Ojalá comprendamos el exceso y prodigio de amor por el que el Verbo se hizo hombre

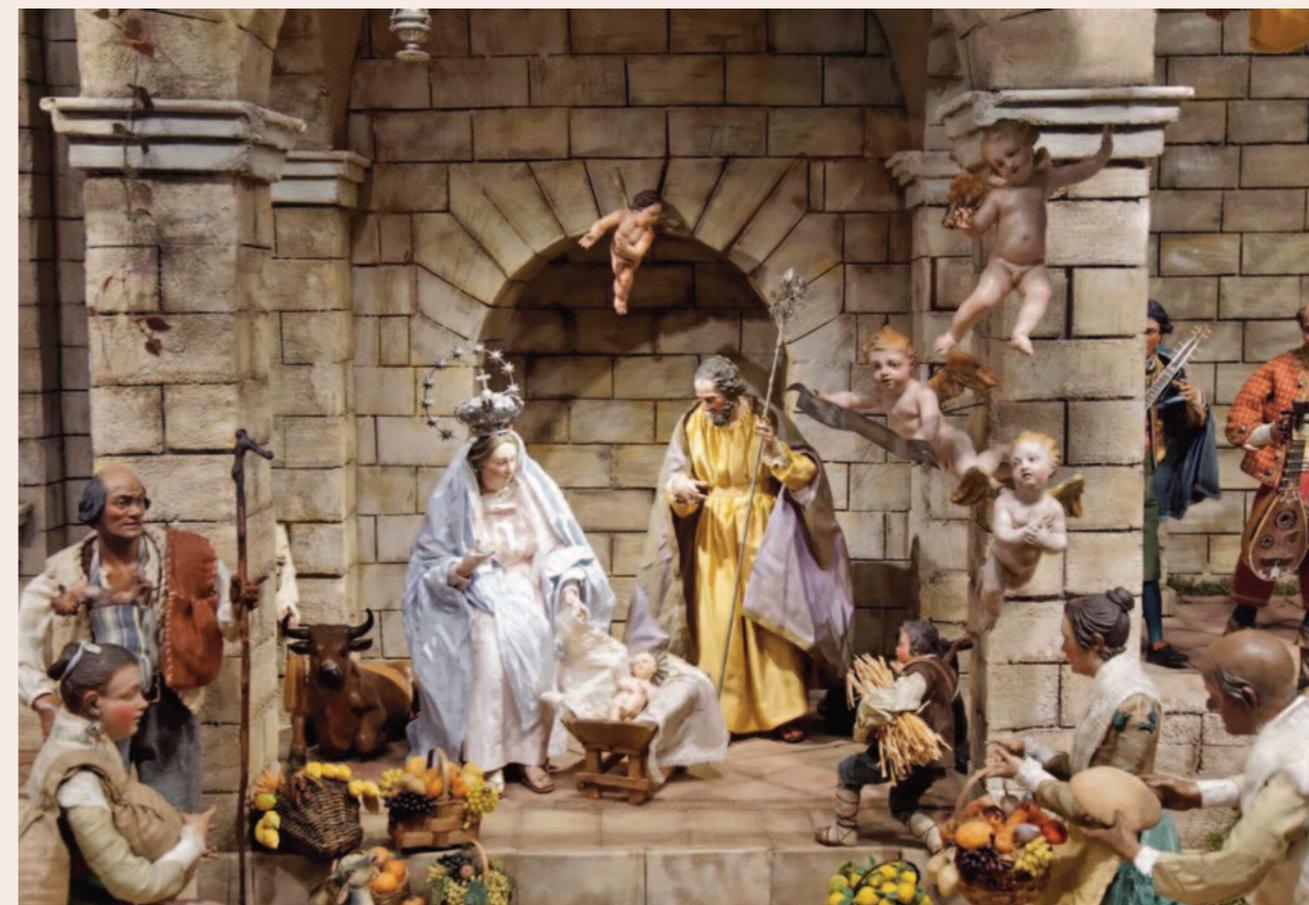
Amar y sufrir

Alfonso relaciona, desde el inicio de la vida de Jesús, el amor con el sufrimiento. Así podemos intuir la hondura del amor cristiano. Se pregunta "¿Cuándo comenzaré a reconocer el amor que me manifestasteis y las penalidades que por mi sufristeis? Esa fusión le permite expresarse así: "Amado Niño mío, os contemplo en ese pesebre clavado en la cruz que ya tenéis presente y aceptáis por mí. Niño mío crucificado, os diré, gracias os doy por ello y os amo ... yo nada quiero sino amaros". El cristianismo sería incomprensible o imposible tanto sin la cruz como sin la Resurrección, pero Alfonso desde la cruz retoma la Vida entregada en la Encarnación que continúa en la adorable presencia del Cristo eucaristía, porque Dios se da por entero en la cruz de Jesús de Nazaret.

El Hijo de Dios, movido por las entrañas de su misericordia, nos dio la vida

temer si quiero enmendarme y ser vuestro?". "Esta gracia os pido, Jesús mío; dadme confianza en vuestros méritos y haced que por ellos me encomiende siempre a Dios." Este es el deseo que Alfonso quiere despertar en todos, implicando toda la vida de Jesús en la nuestra.

La meditación décima la llama "Jesús, hombre de dolores desde el seno de su Madre". Todas las meditaciones están bordadas de citas bíblicas. En este caso con Isaías 53,3, el salmo 68,3 y Filipenses 2, 8. No solo en el texto central sino también en sus "Afectos y súplicas". Las Sagradas Escritura están presentes en toda su espiritualidad, hasta cuando sale más explícitamente su afectividad. Es una persona abierta en todo lo que es al misterio del Dios que se entrega totalmente en Jesucristo, su "amado Redentor". Y nos está diciendo cuando escribe eso que él está viviendo: "Jesucristo, desde el seno de María, aceptó la obediencia impuesta por el Padre sobre su pasión y muerte (Filipenses 2,8). "Desde el primer momento de su infancia, padeció a cada instante de la vida un martirio continuado, ofrecido por nosotros al Eterno Padre".



En la meditación once continúa contemplando a “Jesús, cargado con todos los pecados del mundo”. Al finalizar cada uno de los afectos y súplicas apela a la Virgen a modo de una jaculatoria. En este caso, le dice: “Madre mía, socorredme; sólo os pido vivir amando a Dios en lo que me restare de vida”. Para Alfonso amar a Dios acogiendo el amor de Jesucristo lo contiene todo. En las siguientes meditaciones, hasta la quince, profundiza en el sufrimiento de Jesús por amor.

La meditación décimo sexta avanza contemplando a “Jesús, fuente de gracias”. Nos presenta cuatro fuentes: la misericordia, la fuente de paz y consuelo, la fuente de devoción, y la cuarta: fuente de amor que “encendió un fuego”. Y “quien se aprovecha de estas dichosas fuentes que tenemos en Jesucristo sacará siempre de ellas aguas de alegría y de salvación (Isaías 12,3). Aquí en la súplica le pide a María que le alcance “vivir y morir siempre en el amor a Jesús”.

Llegamos a las meditaciones 17 y 18 que son con las que finaliza esta serie. Nos muestra a “Jesús, caritativo médico de nuestras almas” y de quien “Hemos de esperar todo por sus méritos”. Aquí Jesús no es un médico cualquiera, sino el que “para curar al enfermo carga con sus enfermedades”. “No quiso mandar a otro, sino que quiso venir Él mismo para conquistarse nuestro amor”. Podríamos decir que permanecemos a la espera de Dios desde Jesús de Nazaret quien con su vida nos propone seamos como el médico que carga por amor con el enfermo.

Solo Dios es capaz de amarnos de una forma tan excesiva

Un corazón agradecido

Finalmente, en la meditación 18, nos dice que ya “no podemos temer ser desatendidos por Dios”. “¿Qué cosa nos negará un Dios que no nos negó a su Hijo?”. “Agradezcámoslo a Dios”. Nos está invitando a vivir en la gratitud, en el deseo de agradar a Dios.

La fe cristiana afirma que el acontecimiento de la Encarnación y redención ha sucedido una vez para siempre en la historia, y es su centro. Lo celebramos estos días. Alfonso nos ayuda a caer en la cuenta de que hablar de Jesús es hablar de nosotros mismos; pero también, que en Dios hay tanto amor que su ser es perdón continuado, para siempre, sobreabundante.

En muchos textos de San Alfonso, la Encarnación de Dios es similar a hablar de la identificación de Dios con el crucificado. “La novedad cristiana no consiste en poner a Jesús del lado de Dios, sino a Dios del lado de Jesús”. Estos días, tan relacionados con la familia y las personas que amamos, es también el tiempo en el que muchos creyentes “echamos a Dios en falta”. Alguien ha dicho que “en la Encarnación se expresa la radical trascendencia de Dios y con la misma fuerza la radical proximidad de Dios al ser humano”. San Alfonso no habla de la Resurrección, pero cuando rezamos con sus textos nos damos cuenta que la Pascua comienza en la Encarnación. El Cristo resucitado es el Cristo crucificado, el que nace en Belén y se queda para todos en la eucaristía que reconcilia vida, muerte y resurrección, a través del deseo de Dios.

Que 2021 sea un año de amor y gracia, un tiempo alfonsiano, colmado de gratitud.



Desciendes de la altura

Tu scendi dalle stelle o Desciendes de la altura es un villancico compuesto por San Alfonso en Nola (Italia) en 1754. Es un cántico de alabanza y admiración por el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, que se hace pobre y frágil en la gruta de Belén, por amor a nosotros. Esto llevó a San Alfonso a conmoverse y compadecerse de esa pobreza, que le hace apasionarse aún más por el Niño Dios.

Muchos han sido los intérpretes de este villancico, entre ellos, el más famoso Luciano Pavarotti, uno de los tenores más aclamados de la historia, que lo grabó en el Konzerthaus de Viena, en la noche de la Navidad de 1999 y que se puede ver y oír en Youtube.

Tu scendi dalle stelle
 Tu scendi dalle stelle o Re del Cielo
 e vieni in una grotta al freddo al gelo.
 O Bambino mio Divino
 lo ti vedo qui a tremar,
 O Dio Beato!
 Ah, quanto ti costò l'avermi amato.

A te che sei del mondo, il Creatore,
 Mancano panni e fuoco, o mio Signore.
 Mancano panni e fuoco, o mio Signore.
 Caro eletto pargoletto,
 Quanto questa povertà
 Più mi inamora,
 Giacchè ti fece amor povero ancora.
 Giacchè ti fece amor povero ancora.



Tu scendi dalle stelle

Tu scendi dalle stelle O Re del Cielo E vieni in una grotta,
 al freddo al gelo E vieni in una grotta al freddo al gelo.
 O Bambino mio Divino lo ti vedo qui a tremar O
 Dio Beato Ah, quanto ti costò l'avermi amato.
 Ah, quanto ti costò l'avermi amato.

Desciendes de la altura
 Desciendes de la altura, oh Rey del cielo
 y en una gruta naces del triste suelo.
 Niño mío de puro frío,
 yo te veo aquí temblar.
 ¡Dios humanado!
 y cuanto te costó el haberme amado.

A ti que eres del mundo el Creador
 faltan vestidos y fuego, oh mi Señor,
 faltan vestidos y fuego, oh mi Señor.
 Querido elegido, niño
 cuánto esta pobreza
 me inspira amor para ti,
 luego que el amor te hizo aún más pobre
 luego que el amor te hizo aún más pobre.